

Un sincero hasta luego
a una entrañable e inolvidable amiga:
Virginia Aguirre Escamilla

POR ELVIA MONTES DE OCA NAVAS

“... el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá”
(Juan 11:25)

Hace más de veinte años yo perdí a uno de mis dos hermanos. Era un hombre joven, inteligente, bueno y con un futuro prometedor como esposo, hijo, padre, amigo, hermano, abogado. Cuando esto sucedió yo me enojé mucho con la vida, con Dios y con todos, y no me cansaba de reclamar lo que consideraba una injusticia: él no debía haber muerto en esos momentos. Una muy querida profesora mía, la *teacher* Vélez, al escuchar mis reclamos me dijo: “y quién te crees tú para que no te sucedan las cosas que a todos nos pasan, como es la muerte de un ser tan querido como lo era tu hermano para ti”. Ésa y otras experiencias me ayudaron a entender mi pequeñez y orfandad, igual a la de todos los seres humanos, y aceptar la inevitabilidad de la muerte de los que amamos.

Hoy me está sucediendo lo mismo, casi lo mismo, y por eso necesito compartirlo con ustedes para no caer en las mismas circunstancias. Nuevamente, y a pesar de la promesa que se puede leer en el libro de Juan a quienes mueren creyendo en Jesús, llegan a mí las dudas y la inconformidad por la muerte de un ser humano valioso, de los que no fácilmente se encuentran en estos días: un ser joven, cálido, sincero, amable, inteligente

como lo fue Virginia Aguirre Escamilla, quien desde 1993 dirigió la revista *La Colmena* de la Universidad Autónoma del Estado de México.

A Virginia la conocí hace muchos años. Nunca nos tuteamos, pero ahora lo hago al decirle Virginia, y no con el frío “licenciada Aguirre” con que siempre la llamé. La conocí precisamente por *La Colmena*, en la que me propuse publicar al menos un artículo cada año. Así conocí a Virginia, quien al encontrarnos me decía invariablemente: “mi querida doctora Montes de Oca”.

Virginia era un ser humano auténtico, alegre, bueno. Recuerdo que algunas veces, afortunadamente muy pocas, me dijo: “mi querida doctora Montes de Oca, su artículo no es de la calidad a la que nos tiene acostumbrados a sus lectores”, lo que, en pocas palabras, quería decir que mi artículo era malo y que si quería yo que se publicara en la revista, debía rehacerlo. Pero nótese la inteligencia y el cuidado que ponía en decírmelo, y supongo que lo mismo pasaba con otros colaboradores cuando sus escritos no tenían la calidad suficiente para ser publicados en *La Colmena*.

Ella y yo no platicamos mucho más allá de su desempeño en la Universidad: los problemas de su trabajo, la incertidumbre que en ocasiones sentía de continuar con la publicación de la revista, la alegría que le causaba llegar a un determinado número de la revista, las presentaciones de la misma, etcétera. Ahora lamento no haberme acercado más a ella. No por ella, sino por mí, que tan necesitada me siento a veces de conocer y tratar a personas como Virginia. Por eso estoy otra vez un poco *enojada*, pero ahora sé que este sentimiento pasará cuando comprenda cabalmente lo sucedido y acepte la ausencia de Virginia. Sé que no va a ser fácil ir a sus oficinas y no escuchar la frase con la que me daba la bienvenida: “mi querida doctora Montes de Oca, ¿cómo ha estado?” Pero sé también que seguir colaborando en su revista —espero que la Universidad siga con el proyecto— será una manera, tal vez muy pequeña, de mantenerla viva entre quienes la conocimos y la estimamos.

Yo la estimé como a una gran amiga. Se trató de una de esas amistades que se sabe que existen pero que no se expresan de manera abierta. Sin embargo, yo sabía que en sus oficinas, cada vez que fuera, escucharía su voz y su risa francas, y que si alguna vez llegara a necesitar de ella no como la directora de *La Colmena* sino como una amiga, iba a estar ahí para apoyarme. Me arrepiento ahora de no haberle externado a Virginia esto que ahora escribo. Espero que su ausencia me sirva para aprender de una vez por todas que entre los seres humanos no debe haber reticencias para expresar los sentimientos, más aún si se trata de uno tan puro y noble como lo es la amistad. “En vida hermano, en vida”.

Virginia: si es cierto lo que se lee en Juan 11:25, entonces seguramente sigues viva y apoyando a quienes necesitan de ti. Tal vez ahí donde hoy te encuentras ya estás pensando en fundar una nueva *Colmena*, en la que pondrás a trabajar a muchos con la misma calidez y calidad que lo hiciste aquí con nosotros. Hasta luego, querida e inolvidable amiga.

Toluca, Estado de México, enero de 2011.